

ren que no exista la pena de muerte! ¿Puede imaginarse nada tan extravagante? ¿Pretenden que no haya patíbulos ni guerras! ¿Quién nos librará de los filósofos? ¿Cuándo terminarán sus sistemas y sus teorías imposibles?...

Cualquiera que sea el resultado de esta cuestión, vais á discutirla otra vez, y os encargo que tengais ánimo y que combatais la pena de muerte con todas vuestras fuerzas.

No hay pueblo que sea pequeño; hace poco tiempo se lo decía á la Bélgica, á propósito de los sentenciados de Charle-roi, y hoy me permito repetírselo á la Suiza. La grandeza de un pueblo no se mide por el número de sus habitantes, como la grandeza de un hombre no se mide por su talla. La verdadera medida es la cantidad de inteligencia y la cantidad de virtud. El que dá un gran ejemplo es grande. Las naciones pequeñas serán grandes el día en que, entre pueblos fuertes por el número y vastos por el territorio, pero obstinados por el fanatismo, por las preocupaciones, por el odio, por la guerra y por la esclavitud, en contraposición practiquen aquellos la fraternidad, destruyan el cadalso y glorifiquen el progreso. Las palabras son vanas si no están de acuerdo con las ideas: no basta conseguir la República; se necesita conseguir la libertad: no basta ser demócratas; es preciso ser humanos. En el momento en que la Europa retrocede, sería magnífico que Ginebra avanzase. Pensad que haría admirable efecto que vuestra pequeña República aboliese la pena de muerte á la faz de las monarquías; sería grandioso hacer revivir bajo nuevo aspecto el antiguo antagonismo de Ginebra y de Roma, y ofrecer al mundo civilizado, por una parte á Roma con su papado, que condena y mata, y á la otra parte á Ginebra, perdonando con el Evangelio en la mano.

Pueblo de Ginebra, tu ciudad está situada sobre un lago edénico y colocada en un lugar bendito; rodéante todas las magnificencias de la creación; la habitual contemplación de lo bello revela lo verdadero é impone deberes; la civilización debe ser armoniosa como la naturaleza; sigue el ejemplo de tus clementes maravillas; cree en tu cielo radiante, desde cuyo azul descende la bondad, y suprime el patíbulo. No seas ingrato. Que no se diga que por reconocimiento y por cambio en el admirable rincón del mundo en el que Dios colocó el esplendor sagrado de los Alpes, del Arve, del

lago Lemán y del Monte Blanco, el hombre enseña á Dios la guillotina.

Hauteville-House 17 Noviembre 1862.,

A pesar de que Víctor Hugo respondió en seguida á la carta de M. Bost, la deliberación del Comité constituyente fué más rápida aun y estaba ya terminada cuando llegó la carta. El proyecto de Constitución sostenía la pena de muerte, pero como el pueblo no había votado aun, la cuestión no se había decidido definitivamente; por eso Víctor Hugo no se desanimó y remitió á Ginebra esta segunda carta:

“Apreciable Sr. Bost:

La carta que tuve el honor de remitiros el 17 de Noviembre creo que no habrá llegado á vuestras manos hasta el 19 ó el 20, porque hoy mismo acabo de leer en la *Presse* estas líneas, fechadas en Berna:

“Habeis reproducido la carta que dirigió Víctor Hugo á M. Bost, en Ginebra, tratando el asunto de la pena de muerte. La publicación de esta carta ha llegado tarde; hace quince días que la Constituyente terminó sus trabajos. La Constitución que ha elaborado no satisface los deseos del poeta, porque no suprime la pena de muerte más que para los delitos políticos.”

No, no ha llegado tarde.

Al escribir la citada carta, más que al Comité constituyente que propone, me dirigía al pueblo que decide.

Dentro de pocos días, el 7 de Diciembre, se someterá al pueblo el proyecto de Constitución. Luego mi carta ha llegado á tiempo.

La Constitución que en el siglo diez y nueve contenga siquiera una pequeña cantidad de pena de muerte, no es digna de una República: quien dice República, dice expresamente civilización; y el pueblo de Ginebra, rechazando, como tiene derecho y deber, el proyecto que vá á votar, realizará uno de esos actos doblemente grandes, que llevan impresos á un mismo tiempo el sello de la soberanía y el sello de la justicia.

Quizá creais como yo que es útil publicar esta carta.

Os ofrezco otra vez la seguridad de mi aprecio y de mi viva cordialidad.

VICTOR HUGO.

Hauteville-House 29 Noviembre 1862.,

Se publicó esta carta; el pueblo votó y rechazó el proyecto de Constitución, quedando abolida la pena de muerte en Ginebra.

1863

La lucha de las naciones.—La Polonia contra el czar.—La Italia contra el Papa.—Méjico contra Bonaparte.

I.

Al ejército ruso.

La Polonia, indomable como el derecho, acababa de sublevarse. El ejército ruso la aplastaba. Alejandro Herzen, bravo redactor del *Kolokol*, escribió á Víctor Hugo estas palabras.

“Gran hermano, socorrednos! Hablad en nombre de la civilización.”

Víctor Hugo publicó entonces en los periódicos libres de Europa la siguiente proclama:

“AL EJERCITO RUSO.

Soldados rusos, sed hombres. Esta gloria se os ofrece en los actuales momentos; aprovechaos de ella.

Ya que aun es tiempo, escuchadme.

Si continuais esa guerra salvaje; si á vosotros, oficiales, á pesar de ser nobles, un capricho puede degradaros y desterraros á la Siberia; si vosotros, soldados, siervos ayer, esclavos hoy, arrancados violentamente á vuestras madres, á vuestras prometidas y á vuestras familias; sujetos al knout, maltratados, mal nutridos, condenados durante largos años, por tiempo indefinido, al servicio militar, más duro en Rusia que el presidio en otras partes; si vosotros, que sois víctimas, peleais contra las víctimas; si en la hora santa en que la venerable Polonia se levanta y podeis elegir entre San Petersburgo, donde está el tirano, ó entre Varsovia, donde está la libertad; si en este conflicto decisivo desconoceis vuestro deber, el deber de la fraternidad; si formais causa comun con el czar contra los po-

loneses; si á pesar de estar oprimidos, la opresión solo os sirve para sostener al opresor; si teniendo la espada en la mano, la poneis al servicio del despotismo, que es un monstruo que os aplasta á todos, ya seais rusos, ya poloneses; si en vez de volveros contra el verdugo de las naciones, destruis cobardemente á esos pueblos heroicos y desesperados, que reclaman el primero de los derechos, el derecho á la patria; si en pleno siglo diez y nueve consumais el asesinato de la Polonia, soldados del ejército ruso, caereis más ignominiosamente y más abajo que las bandas americanas del Sur y os atraereis la execración del mundo civilizado. Los crímenes de la fuerza son y permanecen siempre siendo crímenes, que el horror público es una penalidad.

Soldados rusos, comprended el móvil noble que anima á los poloneses y no los combatais.

El espectáculo que os ofrece la Polonia no es el combate del enemigo, es un ejemplo.

VICTOR HUGO.

Hauteville-House 11 Febrero 1863.,

II.

A Víctor Hugo.

[Caprera, Agosto 1863.

Querido amigo: Necesito un millón más de fusiles para los italianos. Tengo la seguridad de que me ayudareis á recoger los fondos necesarios. Colocaré el

dinero en poder de M. Adriano Lemari, nuestro tesorero.

Vuestro,

G. GARIBALDI.

AL GENERAL GARIBALDI.

Querido Garibaldi: Estaba ausente; por eso he recibido tarde vuestra carta y por eso os contesto tarde.

En el pliego adjunto encontrareis mi suscripción.

Hicisteis bien en contar con lo poco que soy y con lo poco que puedo. Ya que lo juzgais útil, aprovecharé la primera ocasion que se presente para hablar al público.

Os falta un millon de brazos, un millon de corazones y un millon de almas; os falta la gran sublevacion de los pueblos; esperadla, que vendrá.

Vuestro amigo,

VÍCTOR HUGO.

Hauteville-House, Guernesey 18 Noviembre 1863.

III.

La guerra de Méjico.

La guerra de Méjico estalló; fué un odioso hecho de fuerza contra un pueblo libre. Méjico resistió, y fué tratado militarmente: el asalto de Puebla fué horrible; fué una de esas destrucciones de ciudades que deshonran una causa justa, y que en este caso completaron la infamia de una guerra inicua. Mientras Puebla se defendía heroicamente, mientras duró el sitio, se publicaba allí un periódico, impreso en dos columnas, una en francés y otra en español. Todos los números del periódico empezaban por una página sobre *Napoleon el Pequeño*, en la que los combatientes de Puebla explicaban al ejército del imperio lo que era su emperador. Ese periódico contenía el siguiente llamamiento de Víctor Hugo: "¿Qué sois? soldados de un tirano. La mejor Francia está con nosotros: vosotros teneis á Napoleon y nosotros á Víctor Hugo." Este respondió lo siguiente:

"Habitantes de Puebla:

Teneis razon en creer que estoy con vosotros.

No os hace la guerra Francia, sino el imperio. Estoy con vosotros. Vosotros y yo luchamos contra el imperio; vosotros en vuestra pátria, yo en el destierro.

Luchad, combatid, y si creéis que mi nombre os puede servir de algo, aprovechadle. Apuntad á ese hombre á la cabeza con el proyectil de la libertad.

Existen dos banderas tricolores, la de la República y la del imperio; no va contra vosotros la primera, sino la segunda. En la primera se lee: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*: en la segunda se lee: *Tolon, 18 Brumario.—2 Diciembre, Tolon*.

Oigo vuestra voz que me llama, y quisiera colocarme entre los soldados franceses y entre vosotros, pero solo soy una sombra. Los pobres soldados no tienen la culpa de esta guerra; la sufren lo mismo que vosotros; están condenados á mantenerla, detestándola. La ley de la historia debe ser castigar á los generales y absolver á los ejércitos. Los ejércitos son glorias ciegas, son fuerzas á las que se arranca la conciencia: cuando un ejército consigue la opresion de los pueblos, comienza por su propia esclavitud; los que los invaden están encadenados; ellos mismos son los primeros esclavos. Despues de un 18 Brumario ó de un 2 de Diciembre, el ejército solo es ya el espectro de una nacion.

Bravos hombres de Méjico, resistid.

La República está con vosotros y enarbola sobre vuestras cabezas la bandera de Francia con su arco iris y la bandera de América con sus estrellas.

Esperad. Vuestra heroica resistencia se apoya en el derecho, y tiene en su favor la certidumbre de la justicia.

El atentado contra la República mejicana es la continuacion del atentado contra la República francesa. Esta emboscada completa la otra. El imperio se estrellará contra esta tentativa infame, así lo creo, y vosotros vencereis. Pero suceda lo que suceda, ya venzaís ó ya seais vencidos, la Francia continuará siendo vuestra hermana, hermana de vuestra gloria y de vuestro infortunio; y yo, ya que apelais á mi nombre, os repito que estoy con vosotros: si sois vencedores, os consagro mi fraternidad de ciudadano; si sois vencidos, mi fraternidad de proscripito.

VÍCTOR HUGO.,

1864

El Centenario de Shakespeare.

I.

El centenario de Shakespeare.

EL COMITÉ DE SHAKESPEARE Á VÍCTOR HUGO.

"Paris 11 Abril 1864.

Querido é ilustre maestro:

Se ha verificado una reunion de escritores, de autores y de artistas dramáticos y de representantes de todas las profesiones liberales, con el objeto de organizar en Paris para el dia 23 de Abril una fiesta en conmemoracion del tercer centenario del nacimiento de Shakespeare. El comité francés lo constituyen los miembros siguientes:

Augusto Barbieri, Barye, Carlos Bataille, Héctor Berlioz, Alejandro Dumas, Julio Favre, Jorge Sand, Julio Janin, Teófilo Gautier, Francisco V. Hugo, Legouvé, Littré, Paul Meurice, Michelet, Eugenio Pelletan, Régnier. Secretarios: Laurent Pichat, Leconte de Lisle, Feliciano Mallefille, Paul de Saint-Victor y Thoré.

Se os ha nombrado presidente por unanimidad. Corresponde esta presidencia al gran poeta y al gran ciudadano.

Confiados esperamos vuestra adhesion, para que tenga esta fiesta significacion completa.

Los delegados del comité: Laurent Pichat.—Enrique Rochefort.—Luis Ulbach.—Augusto Vacquerie.—E. Valnay.,

AL COMITÉ DE SHAKESPEARE.

"Señores:

Me parece que vuelvo á Francia, por-

que es estar en ella encontrarse entre vosotros. Me llamais y acudo con entusiasmo.

Glorificando á Shakespeare, dais los franceses admirable ejemplo. Le colocais al nivel de las ilustraciones nacionales; le haceis fraternizar con Molière, al que lo asociáis, y con Voltaire, que no le hizo justicia. En el mismo instante en que la Inglaterra dá á Garibaldi carta de ciudadanía en la ciudad de Lóndres, haceis á Shakespeare ciudadano de la república de las letras francesas. Efectivamente debe ser de los vuestros; todo os es simpático en él, y coronais en Shakespeare al cómico que sufrió, al filósofo que luchaba y al poeta que consiguió vencer. Vuestras aclamaciones honran en su vida á la voluntad, en su génio al poder, en su arte á la conciencia y en su teatro á la humanidad.

Celebrar este centenario es muy justo y la civilizacion lo aplaude.

Sois los poetas que glorifican á la poesía; sois los pensadores que glorifican á la filosofía; sois los artistas que glorifican al arte; sois la Francia saludando á la Inglaterra. Esta fiesta es el magnánimo abrazo que dá la hermana á la hermana; la nacion que sirvió de cuna á Vicente de Paul, á la nacion que sirvió de cuna á Wilberforce; el Paris de la igualdad, al Lóndres de la libertad: de este abrazo resultará el cambio recíproco de estas dos cosas.

Haceis más que saludar á la Inglaterra en su génio en nombre de la Francia: borrais los límites geográficos; ya no hay para vosotros franceses ni ingleses; sois hermanos de un génio y le festejais, festejando al mundo entero, que en ese dia marcado hace trescientos años vió na-

cer á Shakespeare. Consagrais el principio sublime de la ubicuidad de los espíritus, del que proviene la unidad de civilizaciones; arrancais el egoísmo del corazón de las nacionalidades; Corneille no es nuestro; Milton no es suyo; todos los géneos son de todos; el mundo entero es la patria de la inteligencia. ¡Quitando esa barrera que separaba á los poetas, la quitais también entre los hombres, y amalgamando las glorias, empezais á borrar las fronteras! Es grande el día en que vá á empezar esa santa promiscuidad.

El primer paso consiste en que Homero, Dante, Shakespeare, Molière y Voltaire sean indivisibles; en que el género humano entero tome posesión completa de los grandes hombres y entremezcle las obras magistrales. Los otros pasos ya se darán después de éste.

Tal es la obra que inaugurais; obra cosmopolita, solidaria, fraternal; desprovista de nacionalismo, superior á las demostraciones locales; de semejantes fiestas mana la civilización.

Para presidir tan memorable reunión habeis elegido hombres de gran reputación, ilustres y populares, que encarnan las inspiraciones del arte, del drama, de la novela, de la historia, de la poesía, de la filosofía, de la elocuencia, que se agru-

pan en esta solemnidad alrededor del pedestal de Shakespeare; pero sin duda habeis creído que para que tuviera la celebración de este aniversario carácter particularmente externo, para que esta manifestación se hiciera fuera y más allá de todas las fronteras, necesitábais que presidiera ese comité un hombre colocado también en estado excepcional, un francés que estuviera fuera de Francia, ausente y presente á un mismo tiempo; que tuviera los pies en Inglaterra y el corazón en París; que fuera una especie de lazo de unión, situado á distancia conveniente y al alcance de poder unir las dos manos augustas de las dos naciones. Por un arreglo extraño del destino me encuentro en esa posición, y el glorioso nombramiento de presidente con que me honrais lo debo á esa feliz casualidad.

Os doy las gracias y os propongo este brindis: Brindemos por Shakespeare y por la Inglaterra; por el triunfo definitivo de los grandes hombres de la inteligencia, y por la comunión de los pueblos en el progreso y en el ideal.

VÍCTOR HUGO.,

Inquietaron al gobierno de Bonaparte los preparativos de la fiesta de Shakespeare y la prohibió.

1865

Lo que es la muerte.—Entierro de una joven.—La estatua de Beccaria.—El centenario del Dante.—Fraternidad de los pueblos.

I.

Emilia de Putron.

(Cementerio de los independientes de Guernesey.)

En pocas semanas nos hemos ocupado de dos hermanas; acompañamos á una á su casamiento, y hoy venimos á acompañar el entierro de la otra. Este es el perpétuo cambio de la vida. Doblemos la frente, hermanos míos, ante los fallos del destino.

Inclinémosla, pero con esperanza. Tenemos ojos para llorar, pero también para mirar; tenemos corazón para sufrir, pero también para creer. La fé en otra vida nace de la facultad de amar. No olvidemos que tranquiliza el amor la inquieta existencia, y que el corazón es el que cree. El hijo cuenta con volver á encontrar á su padre; la madre no se convence de que pierde el hijo para siempre; la repulsión á la nada constituye la grandeza del hombre.

El corazón no puede errar. La carne es una cosa que se disipa; si su desvanecimiento fuera el fin del hombre, privaría á nuestra existencia de toda sanción. No nos satisface el humo de la materia; nos hace falta una certidumbre. Todo el que ama, sabe y comprende que ninguno de los puntos de apoyo del hombre está en la tierra: amar es vivir más allá de la vida; sin esta fé, ningún dón profundo del corazón sería posible. Amar, que es el objeto del hombre, causaría su suplicio; su paraíso se trocaría en infierno. Digámoslo en voz muy alta: á la criatura amante corresponde la criatura inmortal; el corazón necesita que exista el alma.

Dentro de ese ataúd se encierra un corazón vivo, que está oyendo mis palabras.

Emilia de Putron era el orgullo de una familia respetable y patriarcal. A sus amigos y á sus parientes encantaban su gracia y su sonrisa; era la alegría de la casa.

Desde la cuna la rodearon toda clase de ternuras; creció siendo feliz y daba y recibía la dicha; era amada y amaba. Así murió.

Dónde fué? A la sombra? No. En la sombra nos hemos quedado nosotros, que ella se fué á buscar la luz.

Está ya donde brillan la verdad, la realidad y la recompensa. Esas jóvenes muertas, que no han causado ningún mal durante la vida, cuando caen en la tumba, salen de ella radiantemente coronadas. Emilia subió á las regiones donde reina la serenidad suprema, que completa las existencias inocentes. Su juventud voló hácia la eternidad, su hermosura hácia el ideal, su esperanza hácia la certidumbre, su amor hácia el infinito.

El prodigio de la partida para llegar al cielo, que se llama muerte, consiste en que los que parten no se alejan. Viven en un mundo de claridad, pero presencian, como afectuosos testigos, lo que pasa en nuestro mundo de tinieblas. Todos los que han visto desvanecerse en la tumba á un sér querido, no deben creerse que éste les abandona. Goza de la presencia inexplicable de las almas queridas que sonríen á los que las lloran. El sér llorado desaparece, pero no parte. No aperecimos su dulce fisonomía, pero sentimos el movimiento de sus alas. Los